



Núm. 26. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Julio 1877 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

1. ^a EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA.		2. ^a EDICION.—ECONÓMICA.		3. ^a EDICION.		4. ^a EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.		ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		MADRID.	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 pesetas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 27,00 ptas.	Un año... 29,00 ptas.
Seis meses... 15,50 »	Seis meses... 18,50 »	Seis meses... 9,50 »	Seis meses... 11,50 »	Seis meses... 7,00 »	Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 14,50 »	Seis meses... 15,50 »
Tres meses... 8,00 »	Tres meses... 9,50 »	Tres meses... 5,00 »	Tres meses... 6,00 »	Tres meses... 3,50 »	Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 7,00 »	Tres meses... 8,00 »
Un mes... 3,00 »		Un mes... 2,00 »		Un mes... 1,25 »	Un mes... 2,50 »	Un mes... 2,50 »	

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con sólo el aumento de 10 por 100, en razon al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.^{ta}—BUENOS AIRES: D. Jacobo Peuser.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

SUMARIO—Explicacion de los grabados, por Joaquina Ealmaseda. Dos sombrillas de moda—Sombrero de paja para viaje—Sombrero de percal.—Falda con volantes y plegados—Falda con biéses.—Neceser de viaje.—Saco de viaje para colocar el plaid.—Bordado de color sobre muselina para cortinajes.—Mantel bordado.—Servilletas bordadas.—Cocha bordada a la cruz.—Cocha para cuna bordada a punto ruse.—Entredoses de tul.—Pañuelo para perro de salon, adornada con ruse.—Tapete bordado y calado.—Libro de malla.—Calambrequines.—Tapete bordado.—Nuestros patrones, por 1 milia.—LITERATURA: Dos almas y un sentimiento, por Julio Burell.—El Evangelio de la patria, poesia por Evaristo Lombona.—Una carta a la Virgen, de Pablo Reval.—Olcames y terremotos, por Francisco Guerrero Garcia.—Una familia de Artistas, por Faustina Saez de Velgar.—Salones y teatros, por Victor Luende.—Secretos útiles.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. BORDADO DE COLOR PARA CORTINAS Ó TRASPARENTES.

Este ramo, sembrado á tiras de 24 cents. de ancho, separadas por entredoses de malla, es de un efecto encantador, bordado sobre panzonk ó tela cruda; una tira de seda, una cinta del color del bordado para separar las tiras, seria igualmente de muy buen efecto. Este ramo, presentado en el dibujo de tamaño natural, tiene uno de los capullos bordado con lana de un color rojo oscuro, troncos y nervios de las hojas marron, hojas verdes, y algunas mitad verde y mitad marron, y las grandes palmas de dos azules con perfiles amarillos y nuditos negros; el cáliz de las flores es rosa con los nudos amarillos y el cáliz negro.

2 Á 7. MANTELERÍA BORDADA Y GUARNECIDA DE ENCAJE.

El mantel y las servilletas núms. 2, 3 y 4 se bordan á lo-millo ó bordado á la cruz sobre tres hilos y sobre tela cruda gruesa, adornando el mantel de encaje ancho de hilo moreno, y las servilletas de otro más estrecho, bordados ó perfilados del mismo color del bordado. El mantel tiene 83 centímetros en cuadro, las servilletas 40, y los núms. 5 á 7 muestran los dibujos para bordar la mantelería, cuidando de que el dibujo aparezca visible y sin pegaduras por ninguna de las dos caras. Aconsejamos á nuestras lectoras empezar á bordar por el centro del mantel; las servilletas van la una doblada, la otra extendida, siendo muy comun en esta clase de mantelerías para té ó lunch variar los dibujos del sembrado en las servilletas.

8. TAPETE PARA MESITA DE SALON.

Bórdase en tela cruda ó cañamazo Java, y está destinado á esas pequeñas mesitas que sostienen juguetes de capricho y de valor en los salones. Deberá ajustarse al tamaño de la mesa y se borda y cala en el mismo cañamazo, dejando lo suficiente alrededor para deshilar el fleco. Una muestra de los calados que aquí se emplean ofrece el núm. 30; y el bordado á la cruz ó punto ruse, así como el feston que sujeta el fleco, se hará de los colores más en armonía con la tapicería y adornos del salon.

9 Á 11. MANTEL Ó COLCHA.

Bordado á la cruz (lomillo) y malla guipure.

El bordado y el entredos de malla pueden fácilmente copiarse de nuestro modelo, siguiendo los detalles para el sembrado que ofrecen los núms. 10 y 11; las cruces comprenden tres hilos en cuadro de una tela gruesa, saliendo, por lo tanto, muy grande el dibujo. La tela labrada en matelaseé es muy á propósito para esta clase de bordados, comprendiendo cada punto un cuadrado del dibujo, y ejecutando el bordado con encarnado, azul, ó los dos colores combinados; la falta de espacio no nos permite publicar el dibujo del cuadro grande que completa el grabado; pero cualquier motivo de tapicería que tenga las proporciones pued servir. El entredos y la guarnicion de malla guipure se bordan con blanco y con color alternando.

13. ENTREDOS BORDADO EN TUL.

Está bordado con hilo-plata y calado con hilo fino, y se emplea para vestidos de muselina como el que ofrecia el número anterior para fichús, cofias, escotes y todo género de lencería fina.

14 Á 16. SOMBRILLAS.

La primera, núms. 14 y 15, va adornada de la cenefa número 14, bordada de aplicacion de seda negra sobre tul grueso con cadenetas y nuditos de otro color; un fleco anudado negro y del color de la cenefa la completan.

La núm. 16 es negra tambien, con fleco de felpa negro, terminado por bolas grana y con cabeza grana, lo mismo que el forro de la sombrilla; la anilla es de pasamanería, y la borla correspondiente al fleco.

17 Á 19. NECESER PARA VIAJE.

Materiales: felpa fuerte, hule negro, seda de Argel, lana de diferentes colores.

Recomendamos á nuestras lectoras esta labor, y que elijan con mucho acierto los colores para los diferentes puntos del bordado que muestra con toda claridad la cenefa núm. 18. Los hilos de la cenefa tendidos van sujetos de trecho en trecho por puntos de seda maíz, siendo ellos azules; la guirnalda de punto ruse es marron, y todas las cadenetas negras; los centros de las flores se bordan á puntos largos con lanas de distintos colores, y las estrellas y



1. Bordado de color sobre muselina, para cortinas, transparentes, etc.

médias lunas se alternan de color también; las iniciales se bordan de negro y maíz. Nuestro modelo tiene 56 cents. de largo por 27 de ancho, redondeando las puntas y formando patas ó cartera para cerrarse. El número 19 presenta el interior del neceser hecho en hule, ribeteados de cinta grana los diferentes bolsillos y sujetos por botones; cintas negras para cerrar el neceser.

20 Y 21. SOMBREROS.

El primero es un paillason en el ala, y de paja fina el centro; una cinta azul rodea la copa y forma lazo á un lado, y plumas celeste y negra le completan.

El segundo es un sombrero de percal, capricho autorizado por la moda y que debe corresponder á la tela del vestido; nuestro modelo lleva el fondo y ala de percal azul marino, y los biéses y adornos de percal azul y rojo á rayas. Con una armadura, cualquiera señora puede confeccionarse por sí propia este sombrero; plegado de muselina al rostro, le completa.

22 Á 24. SACO DE VIAJE PARA EL PLAID.

Los núms. 22 y 24 presentan el saco abierto y cerrado, hecho en un pedazo al hilo, cerrado por dos correas y con el asa igual; el núm. 23 ofrece el bordado de tamaño natural, y fácil será reproducirle en dos tonos de un mismo color, copiando los puntos del modelo; el saco tiene 80 cents. de largo por 45 de ancho, comprendiendo el fleco de 6, y está hecho en cañamazo Java, contando los cuadrillos para los puntos, como en todas las labores de este género. El borde va sostenido por un feston grande y separados los puntos, lo que sirve de sosten al fleco, que se teje y anuda aparte con hilos del fondo y del bordado; para él se deberán contar los hilos para que resulten grupos completos; un grupo de 6 hilos forma el tejido de la orilla de cada borla; el tejido del centro le forman 4 hilos oscuros y 4 claros, y el resto de los hilos que forman la borla se anudan con los otros simplemente. En números anteriores hallarán nuestras lectoras explicación minuciosa de estos flecos, tejidos ó anudados. Dos correas forradas por fuera de tira bordada completan el saco por fuera, y por dentro le presenta el núm. 24 con grandes bolsillos, cerrados por jaretas y cintas, y otros encima más pequeños con botones.

25 Y 26. PAGODA Ó PERRERA DE SALON.

La perrera se compra hecha ó se manda hacer de mimbres, según el tamaño del perro, y no queda más que adornarla.

El grabado 25 nos muestra los lambrequines. El de la derecha es de tela gris con aplicaciones de paño encarnado y picado igual; soutaches cosidas con seda amarilla ocultan su union.

El bordado al pasado se ejecuta con seda de Argel, verde, azul y blanca. A la izquierda, otro modelo, bordado también con seda de Argel, puede servir para el mismo objeto. Los lambrequines pequeños son de terciopelo negro bordados. La figura del centro se borda con encarnado, azul y blanco, y los puntos de feston con cordoncillo de seda encarnada y amarilla, siendo del mismo color las bellotas. Por los calados del mimbres se pasa un galon encarnado, y en la parte interior se pone un colchoncillo capitoné.

31 Y 32. DOS FALDAS INTERIORES.

La necesidad de levantar la cola deja ver constantemente la falda de abajo, que se hace de lanilla muy ligera, seda ó algodón. El largo de una falda redonda es de 100 cents. por delante y 110 por detras; el vuelo de abajo varía entre 240 cents. y 260. Se monta á un cinturón casi liso por delante y reducido el vuelo á muy breve espacio por detras; el cinturón lleva una jareta, con la cual se cierra. El modelo núm. 31 es de tela gris, azul liso y á rayas, y está guarnecido con un volante al biés de 7 cents. de altura, rizado por el pié; un plisé con cabeza de 17 cents., que cae sobre un biés respunteado de 4 centímetros de altura.

El modelo núm. 37 lleva como adorno un biés de 3 1/2 centímetros de ancho piqué por ambos lados, y un plisé de 7 1/2 cents., pudiendo combinarse igualmente la tela lisa y la rayada.

33. COLCHA PARA CUNA.

El bordado es muy fácil de ejecutar; cada cuadro tiene cerca de 7 cents. de costado, y se hace con algodón blanco del núm. 2, seda ó lana de color.

El fleco, sacado del mismo tejido, es de 5 cents., y lleva como refuerzo todo alrededor una soutache.

JOAQUINA BALMASEDA.

NUESTROS PATRONES.

A fin de poder dar sobre una misma hoja de papel un número de patrones suficiente para poder satisfacer las necesidades de muchas personas á la vez, nos hemos visto obligados á entrecruzar las líneas de los diversos patrones, pero teniendo sumo cuidado de que la diferencia de estas líneas resalte á primera vista.

Cuando se quiere, pues, utilizar uno de los patrones que se hallan en el pliego, es preciso antes estudiar con detenimiento cada línea de por sí para no tomar una por otra, y hacerse cargo en dónde empieza y en dónde acaba la del modelo que queremos copiar. Para esto se estudian los signos que se hallan á continuación del letrero que expresa lo que representa la figura, y están al lado de su número respectivo, como, por ejemplo: fig. 13, *espalda* (X. X.), ó bien fig. 14, *costadillo* (~~~~~), y así de todas las demas.

Examinado esto, se busca sobre el pliego el número de la figura, los signos indicados, y siguiendo todos los contornos de estos signos se obtiene el patron que se desea de tamaño natural.

EMPLEO DE LA RODAJA PARA SACAR LOS PATRONES.

Una vez que se ha hallado sobre el pliego la figura del patron que se quiere sacar, se coloca dicho pliego sobre una hoja de papel cualquiera, blanco ó de periódicos; se prende una hoja á la otra con alfileres para que no hagan ningun movimiento; se extienden ambas hojas prendidas sobre una mesa, y se sigue sobre el pliego la línea de los signos con la rodaja de sacar patrones, apoyándola lo suficiente para que los dientecitos de la rodaja dejen marcados todos los contornos del patron sobre la hoja de papel comun que se halla debajo de la hoja de patrones.

Luégo se separan las dos hojas, y no hay más que ir cortando en la de debajo todos los contornos marcados por la rodaja. El procedimiento, como se ve, no puede ser más rápido ni más exacto. Nosotros enviamos la rodaja á cualquiera que la desee, anticipando su importe, que es 6 reales.

Entiéndase bien que el pliego de patrones se pone encima, y la hoja de papel en que queremos que quede trazado el patron, debajo.

MODO DE SACAR LOS PATRONES SIN RODAJA.

Pueden también sacarse los patrones sin el auxilio de la rodaja, pero es mucho más difícil y enojoso.

Se cubre el patron que se quiere sacar con una gasa muy trasparente, ó un papel de seda muy fino, y con un lápiz se van calcando todos los contornos de la figura; pero repetimos que esto exige más paciencia y más cuidado que valiéndose de la rodaja.

Cada figura del pliego no dá más que la mitad del objeto que se quiere sacar, siempre que la segunda mitad sea exactamente igual á la primera, como, por ejemplo: *la mitad de la espalda, la mitad del delantero*. Es preciso, por lo tanto, cortar dos pedazos de tela sobre cada figura que diga *mitad*.

Las figuras que no reproduzcan más que la mitad de un objeto, pero cuyas dos mitades deban cortarse de un solo pedazo, tal como una espalda sin costura en medio, llevan en los parajes en donde no debe cortarse la tela una línea formada con muchos trazos (— — —) que indican el medio. En este caso, pues, hay que poner la tela doblada sobre la figura; y así, aunque el patron dé sólo la mitad, se saca por entero.

La explicación expresa claramente siempre que haya que poner la tela al biés.

El patron se representa con sus dimensiones exactas, debiéndose dejar tela de más para las costuras y los dobladillos.

Para cuerpos, chaquetas, etc., se suele dar de más todo alrededor para las costuras y ballenas de 1 1/2 á 2 centímetros. Si no lleva ballenas, basta con dar 1 ó 1 1/2 centímetros de más. Cada costura debe ejecutarse exactamente sobre la línea del contorno; para esto, antes de separar el patron que acaba de cortarse de la tela, hay que marcar con sumo cuidado toda la línea del contorno exterior, como asimismo las pinzas, de las cuales depende el buen asiento de un cuerpo. Estos contornos pueden marcarse con un alfiler grueso ó con la misma rodaja.

Las mangas, que deben cortarse en dos pedazos, están representadas en el pliego, por falta de espacio, por medio de una figura; pero sobre ésta se marca con líneas el escote de la parte superior y la inferior, y lleva algunas palabras que explican cuál es la una y cuál es la otra.

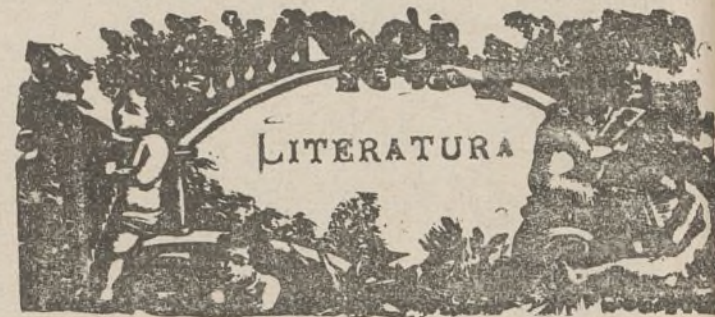
(Se continuará.)

EMILIA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



DOS ALMAS Y UN SENTIMIENTO.

Decía Fray Luis de Granada que no hay cosa que más pronto se enjague que las lágrimas; y nosotros creemos por el contrario, que las lágrimas van eslabonadas en la carrera de la humanidad, y llegarán hasta lo infinito sin haber quién las enjague ni quién las consuele.

El Solitario de *Scala Coeli* tal vez hablaría así pensando en las venturas que le prometiera el genio de su incomparable misticismo en el sublime momento de sus profundas abstracciones, sin recordar quizás que la tierra es un valle de lágrimas, y la vida, como dijo un mal grado escritor, sólo una cadena de males, que siempre encuentra próxima á que se rompa el último eslabon.

Y la verdad es que, cuanto más se camina por la senda siempre erizada de espinas, de nuestro triste destino, mayores son los obstáculos que se encuentran al paso y más hondos los abismos que se abren á nuestros pies; el que dijo que la tierra era la escala del tormento para subir al cielo, comprendía perfectamente el corazón humano y había estudiado en todos sus detalles ese incomprendible calvario á que llamamos humanidad.

En medio de estas dolorosas impresiones de la vida hay almas que se comprenden, que se identifican en sus penas, que hacen hermanas sus angustias, y que encuentran en sus mutuos dolores un bálsamo consolador, que sólo se desprende de los corazones grandes y generosos que se comunican sus sentimientos y lloran juntos en sus desgracias.

La razón que tenemos para aventurar estas trascendentes observaciones se presenta desnuda de todo atavío ante el sentimiento de dos almas impresionables que exhalan en sentidas quejas sus ayes y sus suspiros; estas dos almas, unidas por el estrechísimo lazo de la amistad y cobijadas por el inmenso y lúgubre manto de sus desgracias, han llorado juntas en sus soledades y se han identificado en sus sufrimientos, á pesar de la larga distancia que las separa. Fastenraht y Alcalde Valladarez han mezclado sus lágrimas de dolor y han compartido sus mutuas desventuras.

Hace casi dos años que Juan Fastenraht, ese generoso escritor entusiasta por nuestro país, que, como dice el discreto Diana, no tiene más afán ni más tarea que prestigiar y difundir por el mundo nuestras glorias, que muchas veces envidia para su querida Alemania, sufrió la pérdida de su madre, que es como sufrir la pérdida del corazón, porque nuestra madre es la síntesis de todos nuestros sentimientos, la fuente inagotable de nuestros encantos, la fe viva de nuestras ilusiones y el sublime paraíso de nuestro sér. Aquella virtuosa señora, después de largos padecimientos, bajó al sepulcro, dejando un vacío en el corazón de su hijo, que no han podido llenar ni sus lágrimas ni sus oraciones.

Fastenraht lloró en sentidos y delicados versos la muerte de su adorada madre, y los escritores y poetas españoles se apresuraron á enjugar su llanto y á consolarle en ese amargo pesar que se presenta en los horizontes de nuestra existencia con los negros crepúsculos de una noche lóbrega y eterna, precursora de esa horrible tempestad que estremece nuestro pecho y hace temblar nuestro debilitado espíritu. Uno de los poetas que escribe en nuestro país con más sentimiento y delicadeza y al que llama el mismo Fastenraht *Corazón de oro* abandonó la lira en aquellos instantes, creyendo quizás que sus cuerdas no vibrarían como su dolor, ni tocarían como él las fibras del sentimiento, y envió al acongojado vate del Rhin la carta que va á continuación, donde no se sabe qué admirar más, si la sencillez y la ternura que resplandece en ella, ó si la pureza y la sinceridad de su expresión.

Hé aquí ahora la carta:

"EXCMO. SR. D. JUAN DE FASTENRAHT.

Madrid 16 de Abril de 1875.

Querido Fastenraht: Acabo de saber la muerte de tu virtuosa madre, y quisiera expresarte todo el sentimiento

de mi alma por esa profunda pena, que tambien ha pasado por mi corazon llenándole de amargura; pero, á la larga distancia que nos separa, todo cuanto te dijera llegaría hasta tí frío, pálido y sin color; comprendo cuánto estarás sufriendo, y cuán justas son tus lágrimas en medio de esa dolorosísima pérdida, que no hay ventura que la compense en el mundo.

En esa desolacion de tu alma encuentro que eres católico de corazon, y gracias á esta saludable virtud podrás mitigar tus pesares con esa resignacion cristiana que siempre flota sobre los espiritus grandes y generosos.

Recibe las lágrimas de mi alma, que, unidas á las de la tuya, sean el santo y amoroso tributo que rindamos juntos á tu inolvidable madre, en medio del quebranto y el dolor que hermana nuestros corazones, á la vez que te lleven la felicidad y el consuelo que te desea tu siempre afectísimo

ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES."

Las lágrimas que Alcalde y Valladars vertia tristemente en aras del entrañable cariño que profesa al eminente escritor alemán, casi en la misma fecha, aunque dos años despues, han sido pagadas por éste, satisfaciendo generosamente esa deuda de verdadera amistad, que es de la que se desprende esa interminable cadena de lágrimas que aprisiona nuestra desdichada vida en sus eternas horas de dolor.

Un joven lleno de esperanzas, de vida, de robustez, despues de cubrirse de gloria por su valor y su serenidad en los campos de Cataluña y entre los hielos del Norte, vuela voluntariamente á Cuba á defender por un lado la integridad de la patria, y por otro á olvidar miserables ingratitudes, y allí sucumbe á la temprana edad de diez y ocho años, y cuando veia en lontananza un porvenir risueño en armonía con la esbeltez de su interesante figura y con el ardor de su valerosa audacia. Este joven se llamaba Enrique Alcalde y Jimenez, y era hijo del distinguido y apreciable poeta Alcalde y Valladars. Fastenraht lloró entonces en la muerte del hijo de nuestro poeta, como éste habia llorado en la de su madre. Son dos sentimientos tan grandes, que se confunden; al dolor del hijo que llora á su madre, sólo es comparable el de la madre que llora á su hijo.

Fastenraht le escribió la siguiente magnífica carta, digna de su acreditada pluma é hija de sus purísimas creencias, sus arraigadas convicciones y su alma sensible y generosa:

"SR. D. ANTONIO ALCALDE Y VALLADARES.

Colonia 13 de Abril de 1877.

Mi querido amigo: Con inmenso dolor he sabido la nueva fatal de que has perdido tu único hijo varon, flor que apenas habia abierto su cáliz, derramando aromas dulcísimos; tu querido Enrique, que, siendo el orgullo de su familia, deja el recuerdo de su audacia y de su valor en los campos de Cataluña, y que, lleno de vida y de esperanzas, marchó voluntario á Cuba para salvar como buen español á la madre patria, esa preciosa perla, no adivinando que él mismo, al acometer empresa tan digna de los esfuerzos de corazones generosos, habia de privarte de una joya inestimable, de sí propio, cayendo víctima del clima de aquella Sirena americana.

Quisiera consolarte en amargura tan grande y tan profunda, y por eso uno mis lágrimas á las tuyas, acompañando en su santo dolor á quien á mí me envió su corazon entero, en que arde el fuego del amor y en que brilla la luz de la fe, cuando yo tuve la desgracia irreparable de perder á mi madre del alma.

Nuestra pena es eterna; pero hé aquí el gran consuelo que nos queda: los que lloramos siempre al joven Enrique y á mi anciana madre mereceremos algun dia, por sus virtudes é intercesion, volar desde la tierra al cielo, y para nosotros, al borde del lecho mortuorio, empezará la vida. El que murió besando con efusion la medalla de la Virgen de la Paloma, é imprimiendo su postrer beso sobre el Santo Cristo que le dió su madre al despedirse del hijo de sus entrañas, fué un modelo de buen cristiano, y legó á su familia, nó sólo los verdes lauros de sus glorias militares, que conquistó en su ardiente juventud, sino que tendiendo, cual mártir de su amor á la patria, su vuelo hácia las regiones etéreas, buscará allí una palma para sus padres queridísimos.

Tú y yo, siendo dos almas que lloran confundiendo sus dolores y haciendo de sus lágrimas un rio, hemos de pedir resignacion á Aquélla á quien tú has cantado tantas veces, y la que, como dices en tu inspirada oda Á MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ, redimió al mundo con llanto.

Recibe, hermano mio, el corazon de tu afectísimo,

JUAN FASTENRAHT."

¿Puede darse un sentimiento más dulce y más cándido, un bálsamo más suave y encantador que el que res-

pira la bellísima carta que antecede? Sólo la fantasía y el talento de Fastenraht pueden producir frases y conceptos que tocan al alma y hacen sentir al espíritu más rebelde. Aquí se habrá notado la coincidencia de que las dos cartas llevan casi una misma fecha, con la diferencia de dos años; es decir, que en ese corto espacio de tiempo se han cambiado sus lágrimas y sus penas, que un mismo dolor ha embargado los corazones del escritor alemán y del poeta cordobés, y que ambos han quedado, á su pesar, sujetos á esa cadena de lágrimas que constituye la vida, y á esa senda de amarguras por donde marcha la humanidad. Fastenraht y Alcalde Valladars han sentido y llorado juntos en sus horas de angustia y de quebranto, y han confundido sus almas dolorosamente; por lo que hemos dicho, al empezar, que son *dos almas y un sentimiento*.

JULIO BURELL.

Madrid 20 de Abril de 1877.

EL EVANGELIO DE LA PATRIA.

Á LA MEMORIA DE BOLÍVAR.

¡Libertador! Tus últimas palabras sean el talisman de la paz de Venezuela. Por amor á tu nombre, nó más guerra en la República. ¡A tu espíritu inmortal, salud!

Voy á dar á la República, En los más sencillos versos, Cánon que entraña mil glorias, El más sublime Evangelio.

Eres patria de los míos, Y la prez de mis abuelos, Y verte feliz y grande El más grato de mis sueños.

¡Quieres conjurar bizarra, Dime, tus hados adversos, Y encontrar á tus virtudes Un porvenir de portentos?

Haz que en todos los lugares Penetre la luz del Verbo, Y que en ilustrar la patria Todos demuestren empeño.

Que aprendan todos; practiquen El Catecismo severo, Que deber del ciudadano Antepone á su derecho.

Es trabajar en tu honra Cumplir el noble precepto Que impone siempre á los hijos Ser de la patria modelo.

Alimentar la discordia Y vivir del mal ejemplo, Perturbar el grande espíritu, Alma de los grandes pueblos,

Es aborrecer la patria, Y con designio siniestro, Por falsa gloria de un dia, Sellarla de oprobio eterno.

¡Atras, atras los inicuos Que en sus designios violentos, Para mejor esquilmarlo, Pervierten al noble pueblo!

En vez de azuzarlo, impíos, A que se desgarre fiero, Mejoren su corazon, Ilustren su entendimiento.

¡Atras la igualdad absurda! A más deber, más derecho; Y si son grandes las obras, Grandes los merecimientos.

Si esclavo de la ignorancia Se arrastra vicioso el pueblo, Arrancadlo á su ignominia, Nó lo ahogueis en sangre y cieno.

Que si dá rienda á su furia, En sus instintos protervos, De sus infames doctores Hará ejemplar escarmiento.

Siempre por igual camino Se levantan los imperios, Y siempre las mismas faltas Quitán la vida á los pueblos.

Nó dá Dios á los malvados, Nó dá Dios del mundo el cetro: La verdad es la justicia, La justicia es el imperio.

En la fe de mis mayores Descansa mi noble pecho: Fin puso de Dios la gracia A tus destinos adversos.

Entras ya en el buen camino, Tras el calvario sangriento De cinco penosos lustros De sacrificios inmensos.

¡Bien haya el Gobierno digno Que sabe mostrar discreto La inteligencia en el alma Y la virtud en el pecho!

¡Que con teson admirable, En patriótico desvelo, A todas tus fuerzas vivas Llama al más feliz concierto!

¡Que de fe santa inspirado, Tan fácil halla su empeño, Que vaticina tu gloria, Reflejada en grandes hechos!

¡Próvida te fué natura, Que te dió fecundo seno, Ambiente rico de aroma, Éter claro, hermoso cielo!

¡Siempre los pueblos más ricos Son los pueblos más severos! ¡Siempre las buenas costumbres Dan vigor á los imperios!

"Morir por la patria es dulce," Sienta Horacio en docto verso: Es más dulce de la patria Vivir para honor excelso.

¡Nó más camino de infamia! ¡Nó más destinos adversos! ¡Eres madre de Bolívar, Madre de Sucre el egregio!

¡Quisieran las ansias mías Que te otorgaran los cielos, Para celebrar tus glorias, Por digno cantor á Homero!

¡Yo, tierra del heroísmo, Bien lo sé, yo no merezco Ni celebrar tus virtudes, Tu fama, tu claro ingenio.

Yo, sólo á ratos perdidos, Que robo al afán del sueño, Las hondas quejas del alma Explayo en mis rudos versos:

Porque al yugo del trabajo Doblo resignado el cuello: Así el deber me lo impone; Me lo manda así el ejemplo.

La abnegacion, si sublime, Jamás invoca derechos; Y para séres menguados, El deber no es mandamiento.

Si fuera grande mi númen, Si fuera docto mi verso, Como te diera mi sangre, Te diera mi entendimiento,

Por merecer á tu historia La bendicion de un recuerdo, Y por bajar suspirado A la region de los muertos.

Todo deber hago mio; Renuncio todo derecho; Es dar mercedes precarias Por beneficios eternos.

¡Y me cautivan el alma Las virtudes de esos muertos Que venera agradecido El corazon de los pueblos!

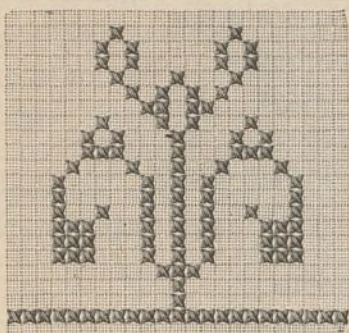
El sacrificio es la talla De los varones excelsos, Desde que el Mártir sublime Nos legó el más alto ejemplo.

EVARISTO FOMBONA.

UNA CARTA Á LA VIRGEN.

(DE PABLO FEVAL.)

Juan tenía seis años, un pantalon agujereado en ambas rodillas, unos cabellos rubios formando largas guedejas, tan espesas y tan ricas que hubieran podido adornarse con ellas las cabezas de dos hermosas señoras; un par de ojos grandes y azules, que á veces trataban todavía de sonreír, aunque ya habian llorado tanto; una chaquetilla elegantemente cortada, pero cayendo á jirones; un botín de niña en el pié derecho, un zapato de colegial en el izquierdo, ambos demasiado largos, anchos por demas y ¡ay! demasiado rotos, levantados por delante y faltos de talon por detras. Con todo eso, tenía frío y hambre—pues era una tarde de invierno y estaba en ayunas desde la víspera á medio dia—cuando le acudió el pensamiento de escribir una carta..... á la buena Virgen.



10. Arabesco para la cenefa del mantel núm. 9.

del Gros Caillou — en París, — en la esquina de la avenida, no lejos de la Explanada, había un casucho de redactor — memorialista. — Este era un antiguo soldado, de muy mal humor, buen hombre, con unos bigotes ya canos y que tenía la desgracia de no estar bastante estropeado para conseguir su admisión en el Cuartel de Inválidos. Y pare V. de contar.

Juan le vió al traves de los cristales de su tenducho, fumando en su enorme pipa mientras llegaba algun parroquiano. Entró, pues, y dijo:

— Buenas tardes, caballero; vengo para escribir una carta.

— Vale diez sueldos, contestó el tío Bouin, pues aquel valiente, que era la cienmilésima parte de un mariscal de Francia, se llamaba el tío Bouin.

Juan, que carecía de cachucha, no pudo quitársela; pero sí dijo muy atentamente:

— Entónces, usted dispense.

Y abrió la puerta para retirarse; pero le hizo tanta gracia al tío Bouin, que le detuvo diciéndole:

— ¿Eres hijo de militar, chicuelo?

— No, contestó Juanito; soy hijo de mamá.

— Bueno, dijo el redactor; y ¿tienes de diez sueldos?

— ¡Oh! no tengo ni un solo sueldo.

— ¡Y tu madre tampoco? Ya se está viendo de sobra.

Lo que tú quieres es una carta para pedir con qué hacer una sopa, ¿no es verdad, pequeñuelo?

— ¡Cabal! contestó Juan.

— Pues entónces, acércate. Por diez renglones y medio pliego de papel no he de ser ni más rico ni más pobre. El que ha dado tantas veces su sangre en cien batallas, no puede negar una cosa tan pequeña.

Juan obedeció. El tío Bouin arregló el papel, mojó la pluma en el tintero, y trazó con una hermosa letra de furriel que tenía:

«París 17 de Enero de 1867...»

Y luego, debajo: «Señor...»

— ¿Cómo se llama, nene?

— ¿Quién preguntó Juan.

— ¿Cómo quién! El caballero, ¡pardiez!

— ¿Qué caballero?

— El sujeto de la sopa.

Juan comprendió por esta vez, y respondió:

— No es un caballero.

— ¡Ah! ¡Bueno! entónces ¿será una señora?

— Sí, señor... nó... quíero decir...

— ¿Cómo, pillote! exclamó el tío Bouin; ¿nó sabes siquiera a quién vas a escribir?

— ¡Oh! eso sí, dijo el niño.

— Dilo, pues, y date prisa.

Juanito estaba todo son-

Fáltanos ahora decir cómo Juanito — que no sabía escribir más que leer, escribió, sin embargo, su carta.

Allá, en el barrio

del Gros Caillou — en París, — en la esquina de la avenida, no lejos de la Explanada, había un casucho de redactor — memorialista. — Este era un antiguo soldado, de muy mal humor, buen hombre, con unos bigotes ya canos y que tenía la desgracia de no estar bastante estropeado para conseguir su admisión en el Cuartel de Inválidos. Y pare V. de contar.

Juan le vió al traves de los cristales de su tenducho, fumando en su enorme pipa mientras llegaba algun parroquiano. Entró, pues, y dijo:

— Buenas tardes, caballero; vengo para escribir una carta.

— Vale diez sueldos, contestó el tío Bouin, pues aquel valiente, que era la cienmilésima parte de un mariscal de Francia, se llamaba el tío Bouin.

Juan, que carecía

de cachucha, no pudo quitársela; pero sí dijo muy atentamente:

— Entónces, usted dispense.

Y abrió la puerta para retirarse; pero le hizo tanta gracia al tío Bouin, que le detuvo diciéndole:

— ¿Eres hijo de militar, chicuelo?

— No, contestó Juanito; soy hijo de mamá.

— Bueno, dijo el redactor; y ¿tienes de diez sueldos?

— ¡Oh! no tengo ni un solo sueldo.

— ¡Y tu madre tampoco? Ya se está viendo de sobra.

Lo que tú quieres es una carta para pedir con qué hacer una sopa, ¿no es verdad, pequeñuelo?

— ¡Cabal! contestó Juan.

— Pues entónces, acércate. Por diez renglones y medio pliego de papel no he de ser ni más rico ni más pobre. El que ha dado tantas veces su sangre en cien batallas, no puede negar una cosa tan pequeña.

Juan obedeció. El tío Bouin arregló el papel, mojó la pluma en el tintero, y trazó con una hermosa letra de furriel que tenía:

«París 17 de Enero de 1867...»

Y luego, debajo: «Señor...»

— ¿Cómo se llama, nene?

— ¿Quién preguntó Juan.

— ¿Cómo quién! El caballero, ¡pardiez!

— ¿Qué caballero?

— El sujeto de la sopa.

Juan comprendió por esta vez, y respondió:

— No es un caballero.

— ¡Ah! ¡Bueno! entónces ¿será una señora?

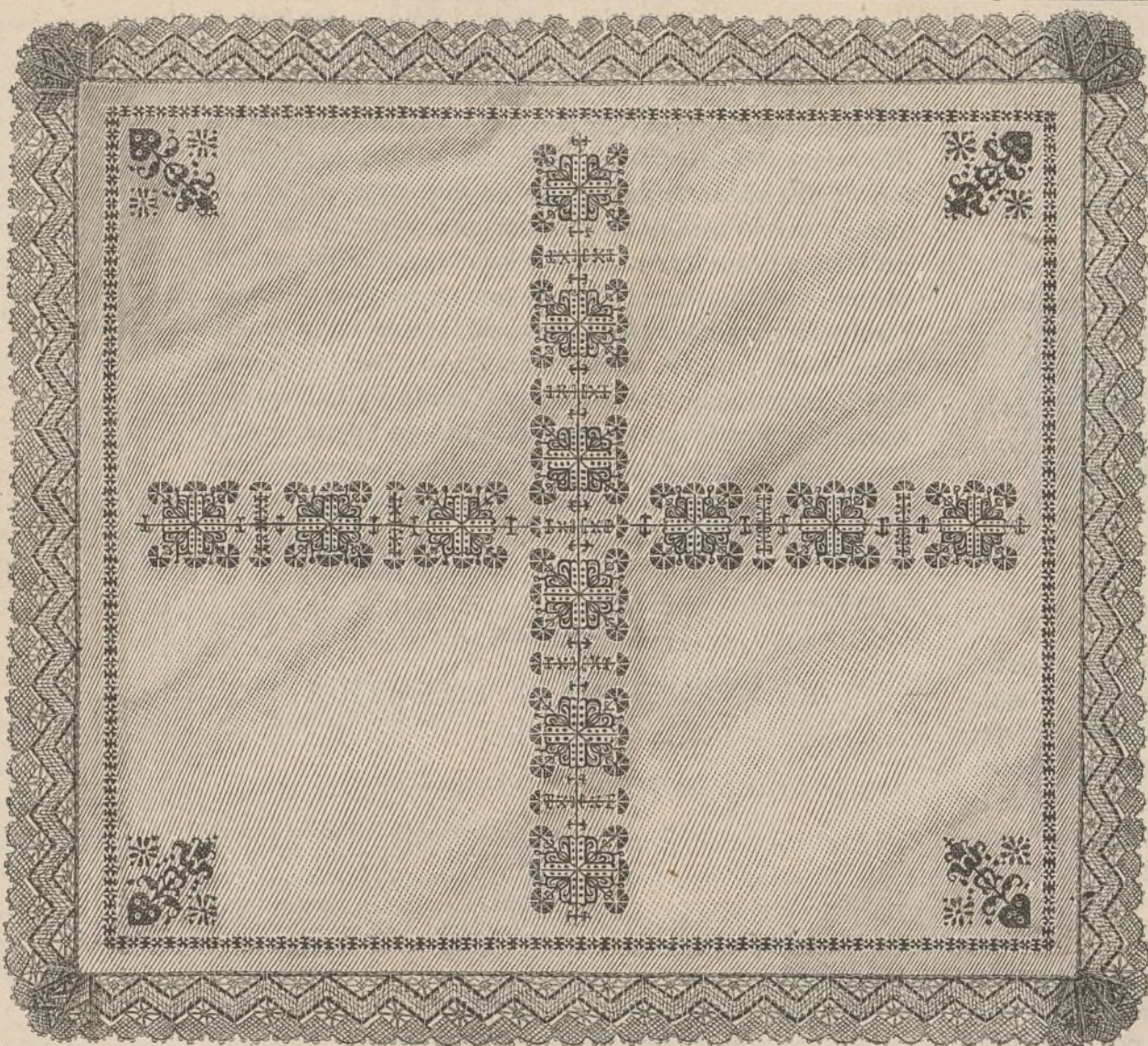
— Sí, señor... nó... quíero decir...

— ¿Cómo, pillote! exclamó el tío Bouin; ¿nó sabes siquiera a quién vas a escribir?

— ¡Oh! eso sí, dijo el niño.

— Dilo, pues, y date prisa.

Juanito estaba todo son-



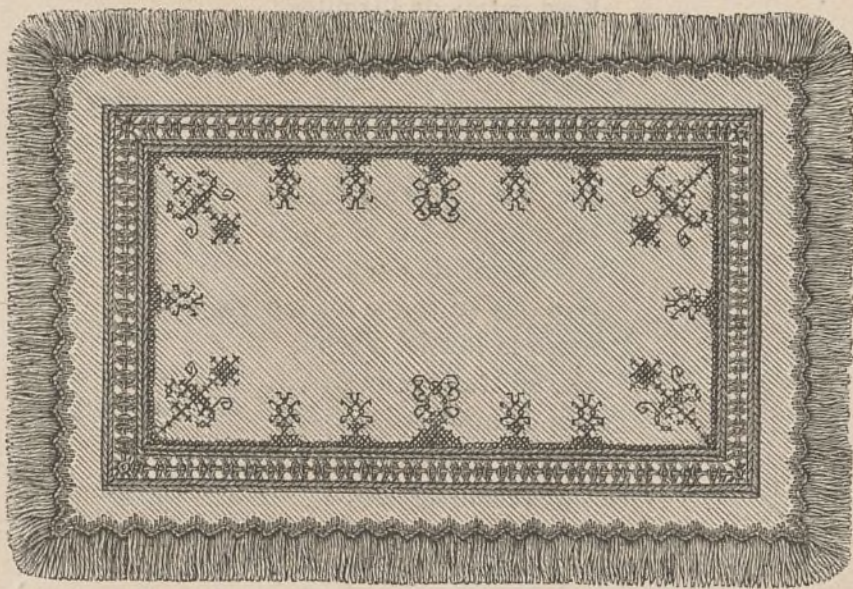
2. Mantel bordado a lomillo y con encaje. (Véanse los núms. 3 a 7.)



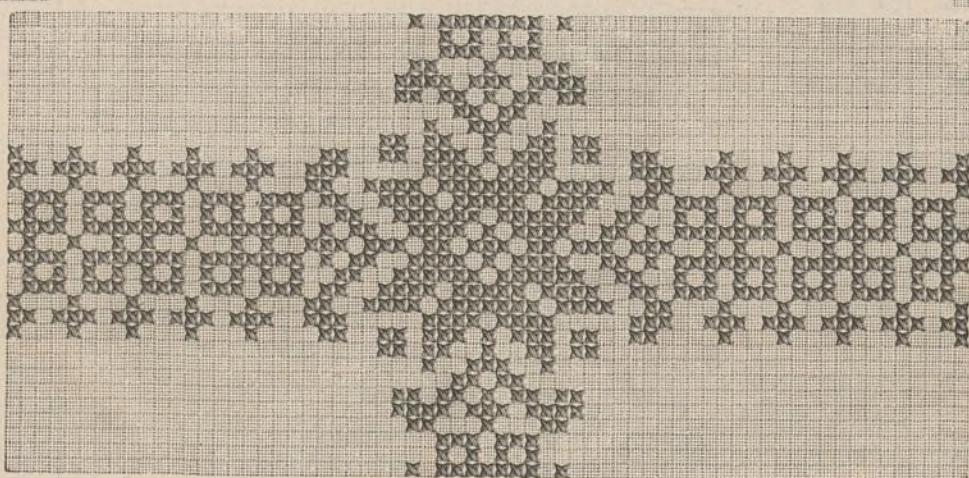
3. Servilleta doblada correspondiente al mantel núm. 2. (Véanse los núms. 4 y 7.)



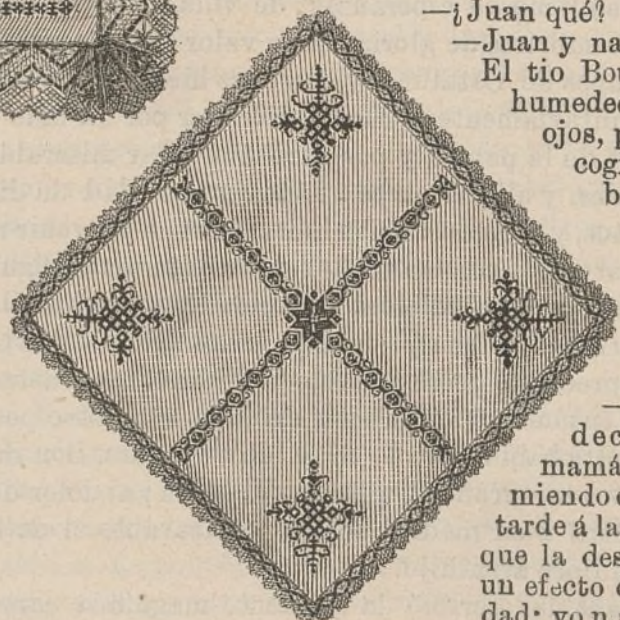
5. Cenefa para el mantel núm. 2.



8. Tapete bordado y calado sobre tela cruda o cañamazo Java.



7. Centro de las servilletas núms. 3 y 4.



4. Servilleta extendida. (Véanse los núms. 3 y 7.)



9. Cenefa para el mantel núm. 2. el niño, era porque la necesitaba. Antes de dormirse, me había dado mamá el último pedazo de pan.

— Y ella ¿qué había comido?

— Hacía dos días que decía: «No tengo hambre.»

— ¿Cómo hiciste cuando quisiste despertarla?

— Como siempre, la besé.

— Y ¿respiraba?

— No sé, contestó el niño; por ventura ¿no se respira siempre?

El tío Bouin volvió la cabeza, porque gruesas lágrimas surcaban sus mejillas. No respondió a la pregunta del niño; pero, con voz algo temblorosa,

— Y cuando la besaste ¿nó notaste nada? dijo.

— Sí, señor, estaba fría... ¡Hace tanto frío en casa!

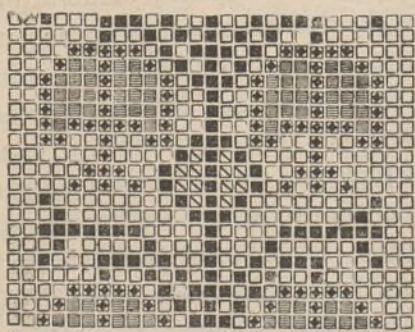
— Y tiritaba, ¿no es verdad?

— ¡Oh, nó! ¡Estaba hermosa... hermosa! sus dos manos, que no se movían, estaban cruzadas sobre el pecho, y tan blancas! de modo que por la abertura de sus ojos, cerrados, parecía estar mirando al Cielo.

El tío Bouin pensaba para sus adentros:

— Yo he tenido envidia a los ricos, yo, que como bien, que bebo bien... Y ¡hé aquí una que se muere de hambre! ¡de hambre!

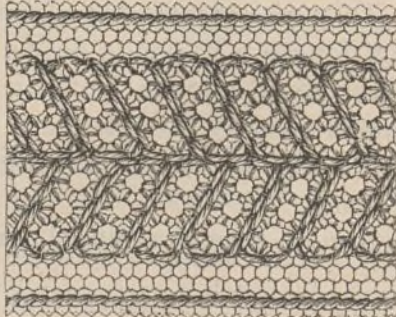
Y llamó al niño, que acudió a él, y le sentó en sus piernas, y le dijo con mucha dulzura:



12. Dibujo para el núm. 28.



9. Mantel o colcha. Bordado a la cruz y encaje de malla. (Véanse los núms. 10 y 11.)



13. Entredos bordado en tul.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Isabel 2.^a II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

—Chiqui
—¿Cuánd
—
han
—
—



15 Sembrilla
con adorno o
aplicacion.

trechó cont
blado con a

—Vamos
estar conter
mi, si así le
yo ir, y te
lito que no
ni siquiera
¿él le ha d

Y nada
no fué resu
habia sido

Pero exi
alguna par
Paris, un
bre, jóven

que es red
nó en un t
cho, como

Bouia. Re
cosas elocu
y todos sab

nombre. L
mosle Ju
mondo y li

como en
tiempo.

El tio Bo
en el dia u
ciano feliz,

pre homb
bien, y a
buen crist

Goza con la
sigue llam

adoptivo,
el que me h

—Nó sé

cartas; per

al Cielo.

VOLC

Las vari
tan de la i
sienten sin
rior de la
profundida
algunos sit
dia de la
en la tierra
presenta un



19. N

—Chiquito, tu carta ha sido escrita.

—¿Cuándo?

—Nó lo sé, chiquito; pero me consta que ya la han enviado.

—¿Por quién?

—Tampoco puedo decírtelo; pero sé que la han recibido.

—Y ¿me contestará?

—¿Quién?...
—La Virgen...

—Sí... llévame a casa de tu madre.

—Con mucho gusto; pero ¿por qué llora Vd.? preguntó Juan azorado.

—Nó lloro, contestaba el viejo soldado, que le abrazaba hasta ahogarle, inundándole en llanto: ¡acaso lloran los hombres? y los que, como yo han estado en cien batallas, no lloran por nada... ¡je, je!... tiene uno aún el corazón de niño, pero el alma nó... ¡Tú eres el que vas a llorar, pobre Juanito, pequenuelo!... ¿Sabes que te quiero como a mi hijo? esto es absurdo... Pero yo también tuve una madre; ¡mucho tiempo há, por cierto! y hé aquí que vuelvo a verla, al través de tu cuerpo, acostada en su cama, donde me dijo al partir: «¡Bouin, sé hombre de bien y buen cristiano!» La Virgen pendía de la cabecera de la cama: era una estampa de dos sueldos que se sonreía, que yo quería, y que acaba de volverme el corazón. Porque yo hesido hombre de bien, eso sí; pero en cuanto a buen cristiano!...

Se levantó, teniendo siempre al niño en sus brazos, y le estrechó contra su pecho, como si hubiera hablado con alguna persona a quien nadie veía.

15 Sombrilla con adorno de aplicacion.

—Vamos, anciana madre, vamos, puedes estar contenta. Los amigos se burlarán de mí, si así les place. Adonde tú estás quiero yo ir, y te llevaré al chiclelo, pobre angelito que no me abandonará, porque la pícara carta, que ni siquiera fué escrita, ha matado de un tiro dos pájaros: a él le ha dado un padre, y a mí un corazón.

Y nada más; la buena mujer, muerta de infelicidad, no fué resucitada en tierra. ¿Quién era? Lo ignoro. ¿Cuál había sido el martirio de su vida? Tampoco lo sé.

Pero existe en alguna parte, en París, un hombre, joven aún, que es redactor, no en un tenducho, como el tío Bouin. Redacta cosas elocuentes, y todos sabéis su nombre. Llámosle Juan.

mondo y lirondo, como en otro tiempo.

El tío Bouin es en el día un anciano feliz, siempre hombre de bien, y además buen cristiano.

Goza con la gloria del «pequenuelo», como sigue llamando a veces a su ilustre hijo adoptivo, y frecuentemente dice, pues él es el que me ha referido esta historia:

—Nó sé cuál es el cartero que lleva estas cartas; pero ello es que llegan a su destino, al Cielo.

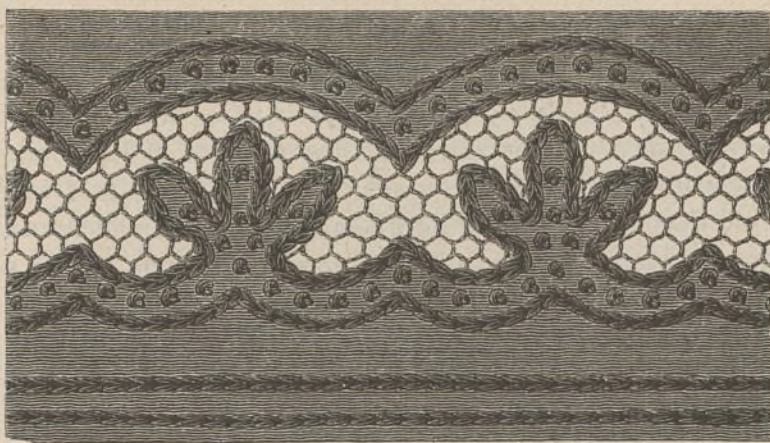
NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

VOLCANES Y TERREMOTOS.

Las variaciones de temperatura que resultan de la influencia de las estaciones no se sienten sino a una leve distancia en lo interior de la tierra, puesto que, a una pequeña profundidad, la temperatura del suelo en algunos sitios es igual a la temperatura media de la localidad; pero si profundizamos en la tierra mucho más, desde luego se nos presenta un nuevo fenómeno, digno por to-



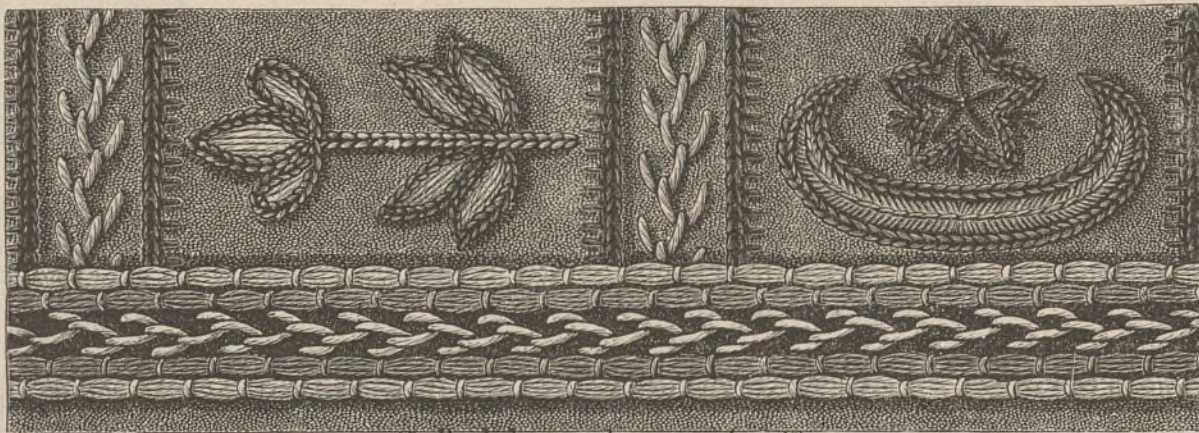
19. Neceser de viaje abierto. (Véanse los núms. 17 y 18.)



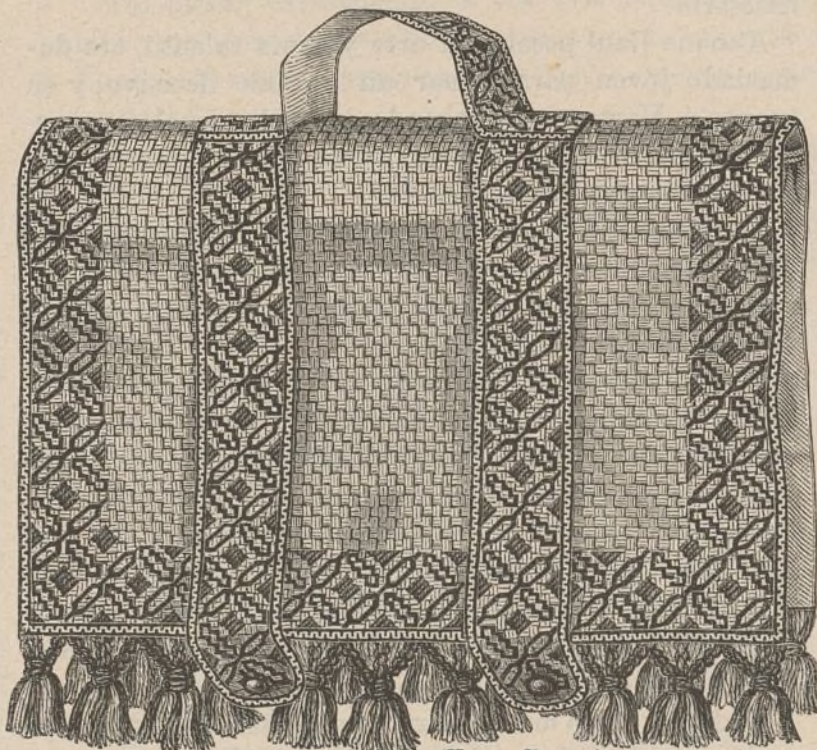
14. Adorno para la sombrilla núm. 15.



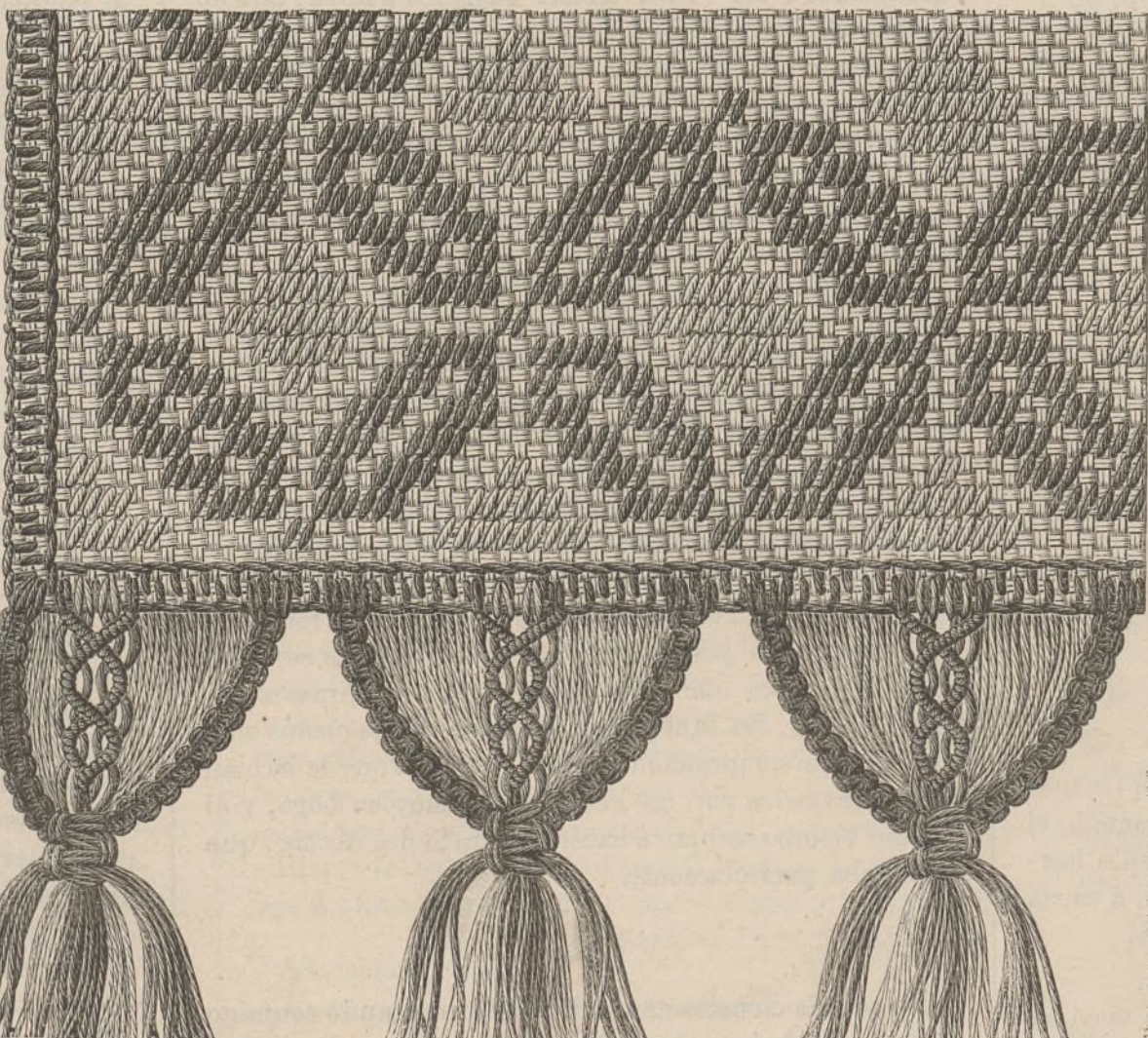
17. Neceser para viaje. (Véanse los núms. 18 y 19)



18. Bordado para el neceser núm. 17.



22. Saco de viaje para el plaid. (Véanse los núms. 23 y 24.)



23. Cenefa y fleco para el saco núm. 22.

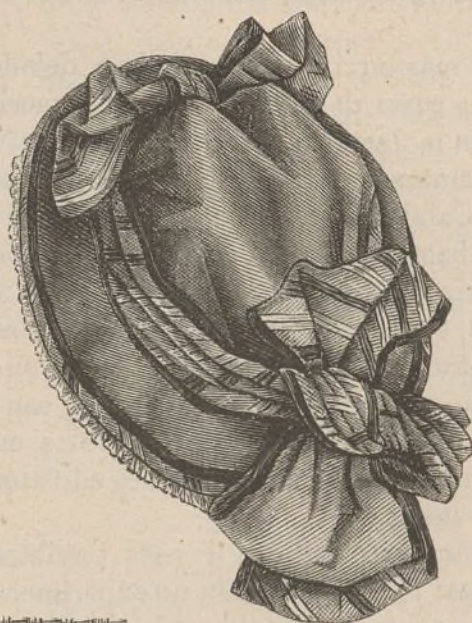
dos conceptos de detenido estudio: en este caso, la temperatura aumenta a medida que se desciende, y el resultado hasta aquí dá un aumento de un grado termométrico por treinta y tres metros de profundidad. Así, pues, a tres kilómetros debajo del suelo se debe ya hallar cien grados, que es la temperatura del agua hirviendo, y a treinta, mil; temperatura a la cual infinitas sustancias minerales se hallan en completa fusion.

Si bien estas proporciones nó siempre aumentan con tanta exactitud, es lo cierto que nos dan una idea razonada por todos conceptos de la temperatura que encontraríamos si profundizáramos 200 kilómetros, temperatura mucho más elevada que ningun cuerpo puede resistir, y no cabe duda que los reduciría a vapor.

Dedúcese de esto que, en un principio, debió ser aún más elevada su temperatura, formándose un globo líquido, que se solidificó despues en su superficie al enfriarse. De este modo, continuando enfriándose del exterior al centro, se ha ido encogiendo, y de aquí el por qué la masa terrestre primeramente formó tantas irregularidades en su superficie, y las más antiguas montañas y anchurosas quebraduras.

A consecuencia del enfriamiento, los vapores de la atmósfera se han condensado, resultando de esto los primeros mares y rios en las dislocaciones más ó menos grandes del suelo.

Cuántas transformaciones ha sufrido la masa líquida interior del globo desde sus primeros tiempos hasta el día, han sido efecto de las variaciones de temperatura, y algunas otras ocasionadas por fenómenos químicos y eléctricos, trastornando la superficie los horribles temblores de tierra, continuando por otras partes, con el enfriamiento, el movimiento de contraccion; desde luego contribuía a estas descomposiciones, tanto más horrosas cuanto más tiempo habia resistido la corteza terrestre, toda vez que aumentaba su espesor, el enfriamiento, y por consiguiente su dureza. Así es que estas revoluciones, en un principio tan próximas como venian sucediéndose unas a otras, se han producido despues en épocas más y más lejanas, hasta que el globo terrestre ha venido a formarse tal como lo vemos hoy.

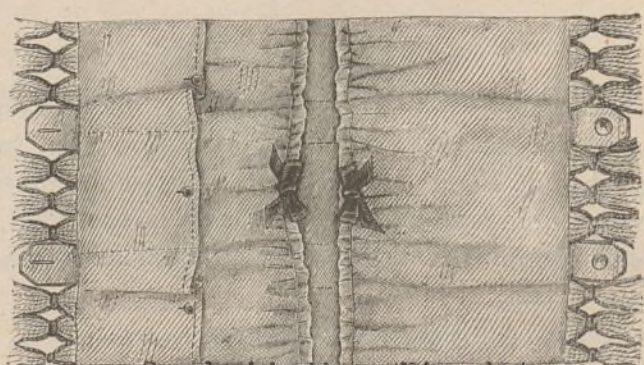


21. Sombrero de perezal.

Las perturbaciones que ha sufrido la tierra han debido ser producidas por el desperdicio lento de calor interno y la contraccion natural, por la fuerza de los gases al dilatarse en las grandes cavernas y los movimientos violentos producidos por la masa interior líquida. De aquí proceden en parte los temblores de tierra, que tanto contribuyen a su alteracion en la superficie.

Es verdad que hoy la accion de la masa interior no se deja ya sentir sino por efectos limitados a regiones poco extensas, por temblores de tierra ó erupciones volcánicas, pero muy de tarde en tarde, y sobre todo en países extremadamente cálidos.

De todos los fenómenos que se presentan, aunque rara vez, en la superficie del globo terrestre, ninguno tan sorprendente y terrorífico como el de una erupcion volcánica; éstas se muestran despidiendo llamas, formando remolinos de humo, ceniza y polvo que, al elevarse, oscurecen completamente al Sol; las piedras y rocas y montes y edifi-



24. Saco de viaje abierto. (Véase el núm. 22.)

cios se chocan, lanzándose en fragmentos á grandes distancias; y todo este estruendo, acompañado de detonaciones subterráneas, de truenos espantosos y de una copiosa lluvia, forma un conjunto aterrador. Así, pues, una elevadísima montaña, vacilante hasta su base, entreabiertos sus costados dando paso á la lava, ha ofrecido el espectáculo mas sorprendente y pavoroso que el hombre puede imaginarse.

Nuestra humilde y tosca pluma, por más que lo deseamos, no acierta, no puede trazar con sus mas vivos colores la horrible escena de espantosa destruccion que ofrecen tales fenómenos.

El Vesubio, despues de quince siglos que estuvo apagado, hizo su primera erupcion el año 72 de la Era cristiana, envolviendo entre sus cenizas á Pompeya; y bajo la lava, materia inflamada que corre á veces hasta el mar, haciendo hervir las aguas, á la de Herculano y Strubia.

Generalmente, los volcanes se encuentran á las inmediaciones del mar, de cuyo fondo tambien suelen aparecer, formando la lava islas más ó ménos extensas, como la llamada Julia, entre Italia y Sicilia, en el año 1834, con otras allí inmediatas que se formaron por consecuencia de la erupcion de un volcan submarino, desapareciendo poco despues.

Las islas Prócida, Ischia y Capri, en el golfo de Nápoles, próximas á las costas de Sicilia, debieron su formacion á grandes erupciones volcánicas; como igualmente Panaria, hermosa isla que produce abundantes frutos, y todas las islas Lipari, de donde procede la piedra-pómez que viene á Europa. Y últimamente, en el Asia y África existen algunos volcanes en actividad.

Todas estas erupciones se hallan con frecuencia acompañadas de terremotos ó temblores de tierra. Veamos ahora este nuevo fenómeno.

Muchas veces sucede que el suelo que pisamos se agita y tiembla; se ha visto desplomarse montañas, llevarse terrenos que se hundén luego, salir rios de madre, y el mar inundar las tierras (1), causando con tales trastornos el desquiciamiento de los edificios con sus habitantes. Empero, estas conmociones no son generalmente tan violentas, y sólo duran unos cortos instantes. En la América del Sur es donde más se han reproducido, sobre todo en las cercanías de los Andes, causando grandes estragos. Arequipa, en el Perú, no há mucho tiempo que fué victima de un temblor de tierra; innumerables victimas, en la agonía, gemian sepultadas entre los escombros.

Los terremotos que más terrible memoria han dejado son los ocurridos en la costa de Cumaná, América meridional, el año 1530; en la Jamaica, en 1692; en la Martinica, en dos épocas distintas; en 1755, Lisboa fué destruida casi enteramente; la Calabria; en las provincias de Tattunga, Anibato y Niabamba, y otras; en Caraca cayeron muchos pueblos á tierra; el de Chile, el de la Barbada, y últimamente, en 1843, el acaecido en Guadalupe. En las cercanías de Nápoles tambien son frecuentes estas conmociones. En España, en 1829, varios terremotos causaron espantosos estragos y pérdidas consiguientes en Orihuela y pueblos que la circuyen, sepultando edificios en aquel hermosísimo suelo.

Supongámonos mudos espectadores de esos terribles dramas de la naturaleza: ¡qué admiracion no experimentaremos al ver tan espantoso tumulto! Elevadísimas montañas que se desploman, sucediéndose unas á otras con atronador estrépito; oír y hasta sentir bajo nuestras plantas horribles truenos; ver los edificios abriéndose en anchurosas y profundas grietas; crujir los muebles de las habitaciones, mezclado con el ¡ay! de dolor agonizante de las victimas; y por último, montañas, edificios y humanidad, queda todo envuelto en una triste é inmensa sepultura.

Estos son los efectos de un volcan ó de un terremoto; no obstante que estos fenómenos espantosos no son para el hombre más que una de las infinitas pruebas de la grandeza de Dios.

FRANCISCO GUERRERO GARCÍA.

LOS DOS HERMANOS.

I.

UNA FAMILIA DE ARTISTAS.

Hácia la mitad del último siglo, en una de las más modestas casas del boulevard que despues ha tomado el nombre de Béranger, en Tours, vivian dos jóvenes hermanos, que eran muy estimados en la vecindad, á causa de su ejemplar conducta y de su fraternal union.

(1) En España, el 22 de Octubre de 1871, una inundacion causó en Almería destrozos sin cuento, presentando la poblacion un cuadro espantoso de desolacion y miseria.

De estos dos jóvenes, el más pequeño, que apenas tendría diez y seis años, se llamaba Raul, y su hermana Hortensia contaba diez y ocho escasos. Ambos eran artistas, á pesar de no haber salido nunca de esta villa, donde nacieron y donde hicieron sus estudios, él bajo la direccion de su padre M. de Berghem, que se habia hecho un gran pintor estudiando los mejores maestros de Italia, y ella dirigida y educada por su madre, Adriana de Berghem, que, hallándose dotada de vastos y profundos conocimientos en la música, hizo de su hija una excelente artista. Esto le fué tanto más fácil, cuanto que la joven se hallaba dotada de un sentimiento musical delicado y de una vivísima afición por el arpa, instrumento de los más en moda en aquel tiempo.

M. de Berghem y su mujer estuvieron muy acertados al dotar á sus hijos de conocimientos que pudiesen reemplazar á la herencia paterna; pues apenas Hortensia contaba diez y seis años, cuando sus padres fueron arruinados por la mala fe de un hombre en el cual habian imprudentemente colocado toda su confianza.

Habitados, si no á la riqueza, por lo ménos al bienestar, M. y Mad. de Berghem parecieron sentir, mucho más que la situacion desolada en que se encontraron, el ver desvanecerse para sus hijos las esperanzas de apacible dicha y de comodidad que habian acariciado hasta entonces.

El pesar que esta desgracia les causó condujo desde luego á la tumba á Mad. Berghem, no tardando mucho en seguirla su marido. Los dos espiraron bendiciendo á sus hijos y recomendándoles que se amasen siempre, sirviéndose mutuamente de apoyo y de consuelo, no olvidando la memoria de unos padres que tanto los habian amado, y que perdian la vida por su causa.

II.

LOS HUÉRFANOS.

Hortensia y Raul sintieron un vivo dolor, añadiéndose á éste otros varios; pues, á causa de su situacion precaria, les fué preciso hacer sacrificios y separarse poco á poco de objetos preciosos y queridos para proporcionarse lo necesario.

Aunque Raul poseía un arte y tenía talento, era demasiado joven para tomar un partido decisivo; y en cuanto á Hortensia, ahogando su justo orgullo, se resignó á dar lecciones por un precio muy módico y muy en desproporcion con su mérito.

El tiempo corria, y los pobres niños esperaron que su posicion mejorase, soportando con resignacion la miseria y las privaciones, sin que jamás se les oyese una queja ni una palabra de desaliento.

Un dia recibieron una carta de un amigo antiguo de su padre, el doctor Durand, que, al volver de un largo viaje científico, les decia, entre otras muchas cosas consoladoras y afectuosas: "Creedme, hijos míos, dejad la Turena y venid á vivir cerca de mí; pues si cada villa de Francia puede vanagloriarse de haber producido un genio, un talento célebre, solamente en París se desarrollan y se hacen conocer esos grandes artistas que han sido despues orgullo de su patria."

El doctor instó mucho para que dejaran la villa en que nacieron y donde pasó feliz su infancia, la tierra donde descansaban los restos de sus queridos padres: mucho tiempo vacilaron, decidiéndose por fin á seguir los consejos de su antiguo amigo, que les inspiraba tanta confianza como respeto.

Trasladáronse á París el hermano y la hermana, y fueron á instalarse á la calle de San Antonio, en una casa inmediata al palacio del virtuoso Sully, la cual pertenecía al doctor Durand.

Allí tenían una pequeña habitacion, muy alta en verdad, pero con buenas vistas y amueblada con tanto gusto como sencillez, que el doctor puso á disposicion de sus pupilos, y que fué la única cosa que quisieron aceptar de él. Para subvenir á las necesidades del momento poseían una pequeña suma que les produjo la venta de los muebles de que tuvieron necesidad de deshacerse ántes de dejar á Tours, habiendo conservado solamente el arpa de Mad. Berghem y el caballete y los pinceles de su marido. Á este débil recurso, Hortensia se proponia reunir el producto de sus trabajos de aguja, con lo que contaba sostenerse hasta que el buen doctor les procurase algunas lecciones. En tanto Raul comenzó dos pequeños cuadros de una composicion sencilla y tierna que le habian sido encargados por un comerciante muy en boga, y al mismo tiempo empezó á hacer el retrato del doctor, que marchaba perfectamente.

III.

No temais cometer una indiscrecion entrando conmigo en una casa de las más suntuosas de la Plaza Real. Son apenas las nueve de la mañana, y mientras que la dueña

de la casa hace su *toilette* y se ocupa de los pequeños arreglos del interior, seguidme en silencio á un salon que quiero haceros conocer durante su ausencia.

Allí ha impreso el tiempo su sello en todos los objetos, sobre el reloj con los dorados ennegrecidos, sobre los candlabros ahumados, sobre los sillones, los taburetes, los sofás, cuya tapicería, ejecutada con colores vivos, nos representan figuras y grupos mitológicos. Notad tambien las colgaduras de color verde-manzana brochadas, de oro, que se han revestido por su antigüedad de un matiz indefinible que hace soñar evocando antiguos recuerdos.

Una sola cosa, joven y fresca, se ve en medio de estas ruinas de tiempos pasados: es el retrato de la dueña de la casa, una magnífica pintura de Largillière.

Representa veinte años; es blanca y rosada, con ojos de terciopelo negro que sonríen, en armonía con una boca en la cual se pueden ver dos hileras de perlas irreprochables; pues tiene en su dedo un lindo pájaro, su pájaro favorito, que bebe entre sus labios purpúreos lo que hubiesen llamado los antiguos poetas *una lágrima de la aurora sobre una hoja de rosa*. El traje de esta encantadora joven se componia de un peinador de muselina blanca, sujeto con cintas de un color de rosa ménos fino y ménos puro que el que cubria sus mejillas.

Pero, ¡chist! silencio: ella llega, y sobre todo guardaos de aparecer sorprendidos si la hallais diferente que en el lienzo, donde el más célebre pintor de la época ha trazado su retrato. Sesenta años de intervalo motivan bien estos cambios en una mujer; pero debo decir, en elogio suyo, que la igualdad de su carácter, la distincion de sus maneras, el encanto de su talento y la rectitud y bondad de su corazon no han cambiado.

Esto mismo decia el doctor al hermano de Hortensia en el salon que acabamos de describir, y donde hacia un cuarto de hora que esperaban á la marquesa.

Cuando concluyó de poner al corriente á Raul de ciertas cosas que le era útil conocer ántes de la presentacion, llegó ella, saludándolos con el gesto y con la sonrisa.

La marquesa llevaba dignamente sus ochenta años, á pesar de que numerosas arrugas surcaban su pálido rostro; pudiendo hallarse en su hechicera expresion el encanto de su juventud, reunido al talento y á la bondad.

Llevaba un vestido de raso azul oscuro con flores blancas; sus cabellos, blancos como la nieve, estaban medio cubiertos por una especie de cofia de punto de Inglaterra, graciosamente adornada con algunos lazos de color de rosa.

La marquesa llevaba suspendida á uno de sus brazos una bolsa de labor, conteniendo su tapicería, su tabaquera, su pañuelo y sus gafas, de las que se servia rara vez, por tener todavia muy buena vista.

—Señora, dijo el doctor, mostrándole á su joven pupilo; ved aquí al artista que me habeis permitido presentaros, prometiéndome concederle vuestra poderosa proteccion; y me complazco en repetiros que es digno de ella.

—Si yo hubiera vacilado ántes de ver á M. Berghem, su sola presencia me decidiria, respondió la anciana señora; pero, añadió, volviéndose hácia el doctor, ¿no me habeis dicho que la hermana de vuestro joven protegido es tambien artista?

—Es una profesora de música excelente; posee una voz magnífica y toca el arpa de una manera superior.

—Y bien, querido doctor, yo os ruego me la traigais el jueves; es el dia de mi recepcion; y si ella quiere, trataré de serla útil presentándola á las señoras que componen mi sociedad, y que tienen hijas jóvenes que educan á su vista. En cuanto á vos, continuó la marquesa dirigiéndose á Raul, sé que estais concluyendo el retrato del doctor; y si quereis hacer el mio, no tardaré mucho en proporcionaros despues algunos otros; pero es preciso daros prisa, porque á mi edad...

No concluyó la frase; pero una penosa sonrisa completó el pensamiento.

Esta sonrisa hizo mal á Raul; algunas lágrimas corrieron de sus ojos; pues la noble señora, que se hacia querer por su gracia y por su bondad, le recordaba á su madre, y le parecia oírle decir: Ámala como si fueras su hijo, porque ella ocupará mi lugar haciendo felices á mis pobres huérfanos.

La marquesa, que habia notado su emocion, le tendió la mano estrechándosela tiernamente. Raul se inclinó y depositó sobre ella un beso respetuoso. Despues se despidió, llevando de esta visita un sentimiento de dicha mezclado de amargura; pues si le encantó el recibimiento de la marquesa, no podia separar de su memoria el tono triste y doloroso, aunque resignado, con el cual Madama Morsan habia dicho: "porque á mi edad..."

Durante toda la noche, las imágenes de su madre y de la marquesa se confundieron en un sueño.

IV.

MÚSICA Y PINTURA.

Las cosas sucedieron como la marquesa de Morsan las había dispuesto. Presentada en sus salones y escudada con su protección, Hortensia tocó las piezas musicales más difíciles, con un éxito que nada dejó que desear; la única pena que experimentó en esta noche fue no poder encargarse de la educación musical de todas las señoritas que lo solicitaron, por ser muchos los compromisos adquiridos con este objeto.

Raul, por su parte, hizo el retrato de la marquesa con tanto gusto, con tanto sentimiento, que parecía verse respirar en el lienzo, lo que causó la admiración de muchísimas personas distinguidas, y desde entonces tuvo más encargos de los que podría aceptar.

Tranquilos para el porvenir, y penetrados de reconocimiento por la envidiable reputación que habían conseguido en pocos días, los agradecidos jóvenes se dedicaron a rodear a la anciana marquesa de los cuidados más repetitivos, de las más delicadas atenciones, tanto que ella se acostumbró a mirarlos como si fueran sus hijos, deseando tenerlos siempre a su lado y en la más tierna intimidad.

El doctor, dichoso por haberles conseguido una protección tan eficaz, partió para un largo viaje, dejándolos muy recomendados a su antigua amiga; recomendación bien excusada, por cierto, pues ya los amaba como la madre más tierna, y no podía vivir sin ellos.

Un gran concierto dado por la duquesa de Villeroy puso el colmo a la ya hecha reputación de Hortensia: se daba una gran *soirée* musical donde no pudo excusarse de asistir ella y su joven hermano, que eran mirados en todas partes con tanta predilección por saberse que la marquesa de Morsan, señora tan respetada por su carácter, su nombre y su fortuna, les concedía todo su apoyo y poderoso valimiento.

Hortensia era demasiado sencilla y modesta para sufrir largo tiempo las exageradas alabanzas que se le prodigaban sin cesar; no se sentía bien entre aquella multitud a quien estaba encargada de distraer y de recrear, y entre la que ciertamente no tenía ningún amigo.

Lo propio le sucedía a Raul: era más dichoso que en los dorados salones en su modesto taller, consagrado a su arte, que tanto amaba, reproduciendo sobre el lienzo fisonomías diversas y viendo a su lado una sonrisa cariñosa o una dulce mirada de las personas que le eran tan queridas.

Hacia ya dos años que los protegidos del doctor Durand estaban en París, donde todo parecía sonreírles; una sola cosa afligía frecuentemente sus corazones: la salud de la marquesa, que iba por grados debilitándose.

Los jóvenes no querían dejarla ni un momento, y se negaban a todas las invitaciones, siempre buscando pretextos para que la marquesa no conociese la verdadera causa que los alejaba de la sociedad por consagrarla por entero todos sus cuidados. Ella no parecía apercibirse de la disminución de sus fuerzas y de la alteración que sufrían gradualmente algunas de sus facultades.

En el momento en que su inquietud era más viva, y cuando deseaban verse olvidados de todo el mundo para no robar ni un solo instante a su anciana amiga, recibieron una invitación de palacio, casi una orden del rey, que, habiendo oído ponderar el talento de la joven artista, deseaba oír la. Un carruaje de la real casa debía ir a buscarla, y con ella a su joven hermano, conduciéndolos a Versalles, donde se preparaban fiestas suntuosas destinadas a dar una idea de la corte de Francia a unos príncipes extranjeros que viajaban de incógnito.

Los dos hermanos, a pesar de su dolor, no tuvieron más remedio que partir el día señalado.

V.

LAS FIESTAS DE LA CORTE.

Jamás un espectáculo semejante al que vieron Hortensia y Raul se había presentado a sus ojos. Cuando, alejados de la multitud, pudieron visitar aquel palacio fastuoso, quedaron encantados.

El rey había partido por la mañana a Chantilly con algunos de sus huéspedes a proporcionarles el placer de una partida de caza, y los dos hermanos aprovecharon este momento para satisfacer su ardiente curiosidad admirando tantas maravillas.

Ellos, que poseían corazón de artistas, encontraron bellísimos aquellos espléndidos aposentos, a los cuales se subía por escaleras adornadas con esculturas monumentales y mármoles preciosos, que parecían contruidos por una raza superior a la nuestra.

Recorrieron también los deliciosos jardines, donde había valles que se perdían de vista, cubiertos por un ramaje impenetrable a los rayos del sol; recorrieron los estanques, las fuentes, aquellos juegos de aguas, entre

los cuales se bañaban, en medio de ninfas y tritones, Vénus y Diana, Neptuno y Apolo.

Vieron la gruta profunda y espumosa, que sólo puede haberlas semejantes en las orillas del Océano, y después de visitar todas estas preciosidades Hortensia y Raul no pudieron menos de sonreírse viendo pasear en los jardines y en los aposentos a los cortesanos empolvados y engalanados que formaban la corte de Luis XV. Se preguntaban entre sí qué relación podía existir entre ellos, al parecer tan pequeños, con todas aquellas cosas tan grandes y majestuosas, hechas para servir de marco a la imponente figura de Luis XIV, uno de los más grandes hombres y de los más fuertes capitanes que han ilustrado su reinado.

Tales fueron las reflexiones que cambiaron Hortensia y Raul en el primer momento de su admiración por las bellezas de primer orden que encerraba Versalles; el sentimiento de lo bello, que vivía en ellos tan puro, les hizo descubrir alguna falta de armonía entre el palacio y sus habitantes; un poco más tarde, en medio de la animación de las fiestas, esta impresión debía desaparecer.

Cuando el rey volvió empezaron las sorpresas, ofreciéndose cada día un nuevo placer inesperado. Justas náuticas, torneos, carreras, paseos a caballo o en carruaje ocupaban las mañanas; comidas espléndidas, juegos, conversación, conciertos, bailes y comedias alternaban en las diversiones de la tarde y de la noche.

Las damas rivalizaban en trajes, viéndose solamente raso, crespon, gasa, terciopelo, esmeraldas, granates, zafiros, amatistas, topacios y diamantes.

En el ambiente de aquellos salones perfumados se aspiraban los aromas delicados del jazmín, la violeta, el azahar y otros mil suaves perfumes exhalados de los maravillosos ramilletes, artísticamente formados, que cada mañana se ofrecían de parte de S. M. a las innumerables bellezas reunidas por él en tan encantado recinto para las fiestas de Versalles.

Sólo se oían nombres ilustres, entre los cuales resonaban los Montmorency, los Villars, los Richelieu, los Duras y otros muchos que sería enojoso enumerar.

Ante esta brillante asamblea fue conducida la joven Hortensia para hacerse admirar, primero en el arpa y después en el canto, luciendo su privilegiada y hermosa voz.

Tal placer experimentó el rey escuchándola, que la hizo repetir dos veces algunos trozos que le encantaron. Enseguida cantó algunas árias de óperas nuevas, arrebatando a su auditorio.

En esta noche y en las que siguieron, la joven artista se mostró superior por su talento a todos cuantos la rodeaban; el entusiasmo que inspiró elevó su genio, viéndosela crecerse por momentos, venciendo todas las dificultades con asombrosa facilidad.

La gloria que rodeó a Hortensia alcanzó también a su hermano, acudiendo a cumplimentarle muchas de las personas que estaban allí, y encargándole cuadros y retratos, por tener el placer de adornar sus salones con obras suyas.

A pesar de la satisfacción que sentían y de las ventajas que les resultaban de tan alta sociedad, estaban ansiosos por dejarla: a todas estas ovaciones y a las maravillas que se deslizaban ante sus ojos preferían un rincón en el antiguo palacio de su noble amiga, de su generosa protectora.

Hacia un calor excesivo, y la víspera del día en que debían dejar a Versalles dispuso el rey un baile de trajes para aquella noche, debiendo tener lugar al aire libre, y no en los salones donde se habían efectuado los otros.

El delicioso bosquecillo llamado *El baño de Diana* fue elegido por Luis XV para recibir a su ilustre sociedad; así fue que la pálida y casta diosa vio por primera vez en su derredor la corte de risas, juegos y locuras, que de todo esto había en los disfraces preparados.

Cuando dieron las siete, es decir, a la caída de la tarde, se dirigieron al lugar designado, formando un caprichoso grupo, que visto desde lejos se asemejaba a una canastilla de fuego.

Debajo de la graciosa bóveda formada por los arcos de mármol blanco que decoran el baño de Diana se veían lanzar al aire argentinos globos de agua, que caían a poco en fina y trasparente lluvia en las conchas destinadas a recibirla. Detrás de esta diáfana nube se distinguía el verde follaje de los árboles que servían de cintura a este sitio encantador, los que balanceaban suavemente las ligeras brisas de la tarde. Para completar el aderezo habitual de este delicioso bosquecillo se veían dispuestos bajo cada uno de los arcos circulares grupos de flores las más bellas y las más raras; debajo de estos grupos oscilaban las arañas de cristal de roca guarnecidas de millares de bujías, cuyas luces, reflejando en las aguas, daban a todos los objetos un tinte fantástico y tornasolado.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Se continuará.)

TEATROS Y SALONES.

El calor sofocante de Julio nos hace anhelar que trascurren las horas, trayendo en pos de sí las deliciosas y poéticas veladas del Prado y de las verdes arboledas de la Fuente Castellana, pues allí vemos además graciosas niñas, vestidas con lindos trajes blanco, azul, rosa o maíz, que nos hacen bendecir casi los rigores del estío.

Nada de telas pesadas que envuelven y ocultan la esbeltez de las formas; nada de abrigos que cubren la cabeza y la mitad del rostro.

Un vestido vaporoso y un microscópico velito constituyen todo su atavío. Se me dirá que lo mismo visten en los salones; pero allí la compostura, propia de su juventud, exige que permanezcan sentadas e inmóviles, si los acordes de la música del baile no vienen a sacarlas de su forzoso *retraimiento*. En el paseo, por el contrario, van y vienen, rien y hacen gala de su elegante porte y sus maneras seductoras. Si se sientan, por supuesto a la sombra de sus respetables mamás, cualquiera humilde mortal puede acercarse y entablar con ellas una animada conversación que le transporte al quinto cielo de la dicha.

Y si tan agradables son las veladas del Prado y Recoletos, ¿cuánto más no lo serán las que se pasan en los jardines del Buen Retiro, oyendo los excelentes conciertos dirigidos por el entendido profesor Sr. Metra?

Retiradas del repertorio las excesivas tandas de valses y contradanzas con que ántes trataba de complacer al público, en los últimos conciertos, le ha ofrecido obras clásicas de mayor importancia, perfectamente ejecutadas, y que le han valido calurosos y sinceros aplausos.

Ménos gratas son las veladas que se pasan en los teatros, en donde, por más que se llamen de verano, si la entrada es regular, se suda a mares; pero ¿qué no se puede sufrir para asistir a una representación de los *Madriles*, puesta en escena con tanto lujo y aparato, cuyas chistosas escenas hacen olvidar al espectador los afanes de la vida? Y ¿qué no se puede sufrir para ver las obras que pone en escena la discreta compañía que actúa en el teatro de Apolo, y que tiene el buen gusto de resucitar las que, aunque antiguas, contrastan notablemente con los insulsos aporópsitos que se escriben en el día?

El beneficio de la Sra. Valverde en aquel favorecido teatro llevó a él una numerosa y distinguida concurrencia, que dió repetidas veces pruebas a la celebrada actriz del aprecio en que la tiene. Púsose en escena la obra maestra del teatro de Moratin, titulada *El sí de las niñas*, siendo su interpretación esmerada en general, y notable por parte de la Sra. Valverde, que en toda la comedia hizo gala de su vis cómica y buen decir.

Nó ménos afanoso concurre el público al Circo de Price, para aplaudir al *hombre proyectil*, al *hombre del espejo*, la familia Chiessi y Mad. Mayol, que le embellean y sorprenden con sus variados ejercicios.

A las bellas que se disponen a darnos un adiós, y se privan de estas diversiones, les aconsejaremos que se lleven buenos libros, para combatir el tedio que les espera al asistir cada día a los mismos espectáculos que les ofrecerá la naturaleza.

A las que sepan o estudien frances les recordamos la *Enciclopedia de las familias*, obras escritas en aquel idioma por la laureada escritora Mad. Luisa d'Alq, y que abrazan las siguientes materias:

La ciencia de la vida, un tomo.

La ciencia del mundo, idem.

El saber vivir, idem.

El amo y el ama de una casa, idem.

Cada uno de estos tomos cuesta 5 pesetas en Madrid, y remitidos a provincias, certificados y francos de porte, 6 pesetas.

Fortuna y ruina, colección de novelitas destinadas a las jóvenes, dos tomos.

La heredera de Santa Fe, novela descriptiva del desierto americano, idem.

Estas dos obras cuestan cada una 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias, igualmente certificadas y francas de porte.

También debo recomendarlas, por su utilidad, *La mujer laboriosa*, de nuestra colaboradora la Srta. Balmaseda, cuyo precio es de 10 reales, y 9 para las suscriptoras de EL CORREO DE LA MODA.

Entre las obras de amenidad y recreo, las recomendaré los *Cuentos de salón* de Teodoro Guerrero, las excelentes obras de la Sra. Sinués, recientemente publicadas, *Un libro para las damas*, y *Margarita*, y las de Doña Ángela Grassi, también recientemente publicadas, *La gota de agua*, el *Copo de nieve* y el *Primer año de matrimonio*.

VÍCTOR CUENDE.

SECRETOS ÚTILES.

COLA LÍQUIDA
FUERTE PARA LA
REPARACION
DE LOS MUEBLES.

Los muebles, especialmente los que no son macizos, y si chapeados de nogal ó de caoba, pueden sufrir desperfecciones, ya por un golpe, ya por la humedad ú otras causas, como el desprendimiento de una chapa, de una moldura, etc., y es necesario poder remediar estos accidentes sin recurrir á un ebanista, que nó en todos puntos puede encontrarse; conviene, pues, tener á nuestra disposición una cola muy fuerte, económica, y que se pueda emplear en frío. La mejor preparacion es la siguiente:

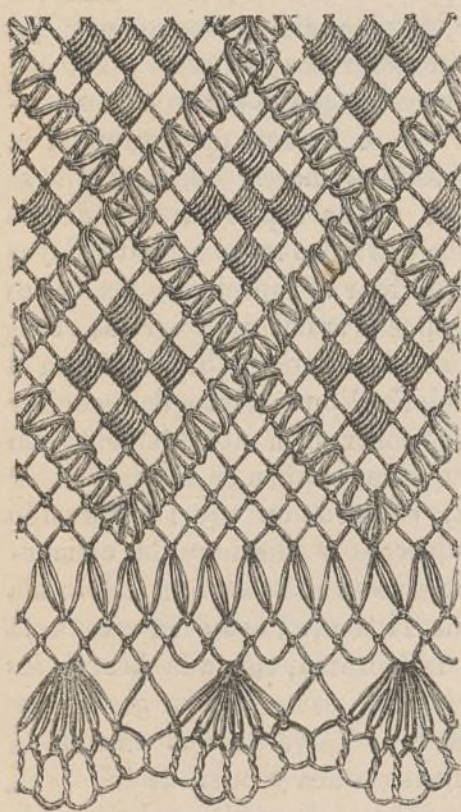
Se disuelve al baño-maria, en un cazo de barro, un kilogramo de cola fuerte de gelatina en un litro de agua, teniendo cuidado de sustituir con agua caliente la disminuida por la evaporacion. Cuando la cola está completamente disuelta, se vierten poco á poco en la disolucion 200 gramos de ácido nítrico de 36°. Se produce al desprendimiento de vapores rojos, y tan luego como este desprendimiento ha terminado se agita el líquido, se le retira del baño-maria y se le deja enfriar, conservándole despues en frascos bien tapados.

Esta cola, que permanece líquida, se emplea en frío, con un pincel, y dá una union tan fuerte y durable como la usada en caliente.

BARNIZ PARA LOS MÁRMOLES.

El encáustico preparado segun las indicaciones anterior-

mente dadas, pero sin ninguna materia colorante, y poniendo la cera blanca en lugar de la amarilla, se usa para dar brillo á los mármoles de los muebles y chimeneas, y se emplea lo mismo que para los muebles de ebanistería, extendiéndolo sobre un paño y por frotacion. El mismo efecto y



27. Malla para mitones. (Véase el núm. anterior.)

más completo y durable se obtiene, empleando la greda conocida con el nombre de *trípele de Inglaterra* ó *tierra podrida*. Por la mezcla de esta greda con una pequeña cantidad de aceite de olivas se obtiene una pasta consistente, con la que se frota el mármol hasta que haya adquirido un lustre perfecto.

EXPLICACION DEL FIGURIN 2.276.

1. *Cofia de surah para joven.* — El fondo se hace de foulard azul, poniendo en el borde un encaje ó tira de muselina formando transparente, cinta de terciopelo negro alrededor y grupo de flores en la frente.

2. *Sombrero cerrado para jovencita.* — Es de paja amarilla, y tiene una forma por detrás semejante á la del sombrero de paja de Italia, modelo núm. 7; pero el borde y el bavolet están vueltos, y así no conviene más que á una jovencita. La pasa y el bavolet vueltos, van forrados con un coulisé de seda rosa ó crespon, y debajo llevan una guirnalda de miosótis; encima, lazo de puntas de cinta rosa al lado izquierdo, y ramo de miosótis y rosas encarnadas al derecho; bridas sin caidas, anudadas de antemano, en un costado.

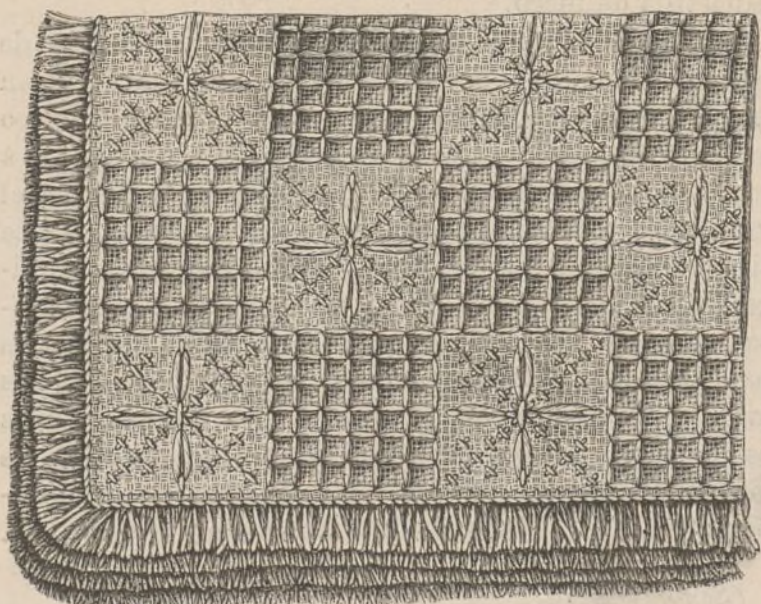
3. *Sombrero de teatro ó para asistir á una misa de casamiento.* — Una diadema de rosas de haya rodeada de encaje; constituye la parte principal



31. Falda interior con volante y plegado.)



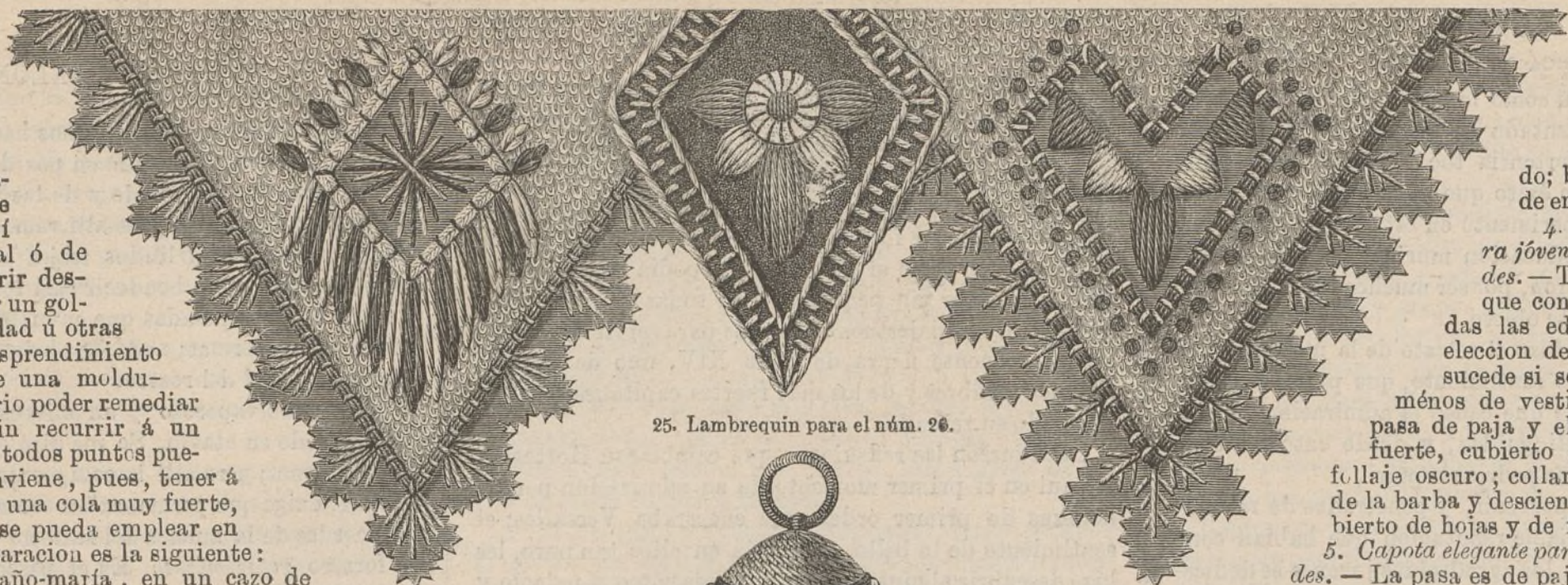
28. Bordado en tela ó cañamazo Java para cortinas, transparentes, etc. (Véanse los núms. 22, 29 y 30.)



33. Colcha para cuna. Bordado ruso sobre tela labrada.



32. Falda interior con plegado y biéses.



25. Lambrequin para el núm. 26.

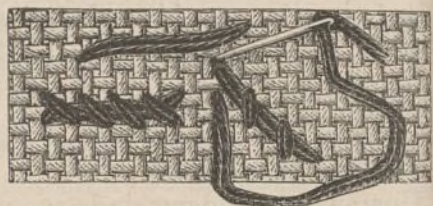


26. Pagoda de mimbres para perro de salon. (Véase el núm. 25.)

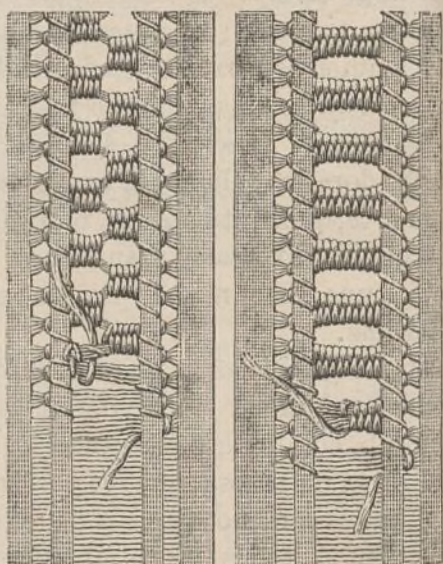
ANUARIO ALMANAQUE
DEL COMERCIO

Y DE LA INDUSTRIA EN
ESPAÑA Y ULTRAMAR,
Ó ALMANAQUE
DE TODAS LAS SEÑAS
DE LOS HABITANTES,
POR PROFESIONES,
DE MADRID,
DE LAS PROVINCIAS Y DE
ULTRAMAR.

Aviso impor-



29. Puntos del bordado núm. 29.



30. Calados para el modelo núm. 23.

tante. — La Casa Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, está preparando un Anuario con todas las señas de todos los habitantes de España y Ultramar por profesiones. Despues de estudiado bien este asunto, cree haber tomado todas las precauciones convenientes para llevar á cabo este libro, y que sea digno de España y pueda compararse con los del extranjero.

Otro aviso á todos los habitantes de España y de Ultramar. — Todo el que quiera figurar en el Anuario puede mandar bajo sobre una nota que diga su nombre, apellido, profesion, señas de la habitacion y punto de residencia, y quedará inscrito en el Anuario grátis. Si, además de lo indicado, quiere el interesado añadir algunos detalles acerca de su profesion, comercio ó industria, se insertará á razon de una peseta la línea.

Dirigir toda la correspondencia á la librería de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid.

Operas completas para piano, á 6 rs. — San Martín, puerta del Sol, número 6.

pal de este gracioso sombrero; las mismas rosas, mezcladas de encajes, cubren enteramente el fondo de encaje.

4. *Sombrero de flores para joven ó señora de todas edades.* — Toda la diferencia para que convenga á señoras de todas las edades, consiste en la eleccion de las flores; y lo mismo sucede si se quiere que sea más ó menos de vestir. El modelo tiene la pasa de paja y el fondo de tul negro, fuerte, cubierto de aster amarillo con follaje oscuro; collar que pasa por debajo de la barba y desciende de los costados, cubierto de hojas y de flores.

5. *Capota elegante para señoras de todas edades.* — La pasa es de paja de arroz, y encima una ruche de tul, el fondo bullonado de seda azul brochada, y el bavolet plegado. Le adornan cabezas de plumas blancas y crema y rosas amarillas sobre el costado; bridas muy anchas de seda desflecada.

6. *Sombrero de paja de Italia.* — Su forma es la más distinguida de cuantas se llevan este verano, por lo cual requiere poco adorno. Con la guirnalda de flores y el pájaro del paraíso, de larga cola, que desciende sobre el costado derecho, puede acompañar un traje rico; dejando sólo la guirnalda, viste menos, por lo que se puede alternar; bridas de faya negra.

7. *Sombrero breton.* — Con el traje breton se lleva esta clase de sombrero para viaje ó campo.

El modelo es de paja marron, guarnecido con cintas encarnadas.